

mente social y trivializadora. En cierto modo, la relación entre norma ética y normalidad social expresa el carácter creador del elemento irracional que se manifiesta preferentemente en las voliciones y no en las formas arquetípicas de las reglas morales.—E. T. G.

STALLMACH (Josef): *Die Irrationalitätstheorie Nicolai Hartmanns*, en «Scholastik», año XXXII, cuaderno IV, 1957 (páginas 481-497).

En la metafísica del conocimiento en Hartmann aparecen normalmente dos tesis básicas que se refieren a la trascendencia gnoseológica del conocimiento y a la inmanencia ontológica del conocimiento. Según la primera, el conocimiento del sujeto implica trascender del objeto puramente concebido al objeto real. De acuerdo con la segunda tesis se establece una relación epistemológica entre el sujeto que conoce y el objeto conocido, a través del sujeto y objeto puramente cerrados en el ámbito de la inmanencia. Ahora bien, cabe una tercera tesis, según la cual el ser que se expresa en esta relación tiene el carácter de irracional; a esta tesis la denomina el autor «la irracionalidad metafísica del ser».

En síntesis ya se ha insinuado en las afirmaciones anteriores que la irracionalidad tiene un carácter no negativo del concepto de racional, sino preferentemente esclarecedor y necesario desde un plano que no es meramente el lógico. Se trata de lo *transinteligible*, en cuya expresión no está negada la inteligibilidad, sino simplemente trascendida.

La racionalidad tiene un carácter moral y correlativo. Lo transinteligible no tiene ese carácter moral ni tampoco es explicable su correlación lógica, simplemente aparece integrándose en el proceso de la razón e incluso en los planos más abstractos. Según esta teoría, el conocimiento llega a un instante en que vuelve sobre sí, es decir, se da un punto de flexión en el que lo irracional aparece como una necesidad. No se trata de la convertibilidad escolástica, sino de un cierto círculo del que sólo se sale en virtud de lo transinteligible.

Resulta, pues, que el hombre no es simplemente el ente acampado entre los otros entes. Aparece realizándose en una línea en la cual tiene la comprensión de

los propios supuestos que le llevan a la irracionalidad y por consiguiente la conciencia de lo que Hartmann denominó, en una frase feliz, *congenialidad con el ser*. La congenialidad con el ser es también, en cierto modo, finitud, y la finitud da sentido a ese punto de flexión desde el cual lo irracional actúa como un elemento comprensible desde la teoría del conocimiento, merced a la capacidad para hacerse cargo de la presencia de lo transinteligible.—E. T. G.

MADDEN (Edward H.): *Charles Eliot Norton on Art and Morals*, en «Journal of the History of Ideas», XVIII, 3, 1957 (págs. 430-438).

Ch. E. Norton, tratadista de Historia del Arte, no sólo se interesó en sus estudios sobre esta materia y sobre Dante, sino que en su doctrina se acusa una preocupación manifiesta por cuestiones de moral y sus problemas sociales, así práctica como filosóficamente considerados.

A pesar de haber sido observada la relación que puede establecerse entre la ética y la estética de Norton, no se ha precisado. En sus «Letters», no obstante puede fijarse su posición en las relaciones entre arte y moral, a propósito de sus excelentes interpretaciones de Carlyle, Ruskin, Emerson, Mill, Longfellow y Curtis.

Hacia 1869, Norton advertía el pésimo estado social de las clases humildes. El utilitarismo inglés favorable al obrero podía traslucirse en cartas como las que transcribe el autor del artículo dirigidas a Chauncey Wright y que revelan la influencia de St. Mill.

Norton pretendió, al mismo tiempo, coordinar sus puntos de vista éticos utilitarios, así como sus corolarios sociales, políticos y económicos, con sus intereses estéticos. Wright creyó que entre las respectivas metas de la ética y la estética de Norton no existía incompatibilidad. En esta conexión entre ética y estética, visible en Norton, pudieran verse puntos de contacto con el modo de entender estética y ética Carlyle, Emerson y Curtis, e incluso con Santayana, en su diatriba contra la metafísica de lo absoluto. El escepticismo de Norton no se oculta en sus «Cartas», ni su agnosticismo, consecuencia obligada de su previo escepticismo filosófico, ni su pesi-